

Venciendo al Intelecto

Conferencia pronunciada en la Rama Hesperia de la Sociedad Teosófica de Madrid el día 3 de abril de 2010.

Vamos a hablar en esta ocasión del intelecto. En nuestra sociedad, durante miles de años, hemos dado un énfasis muy especial, muy profundo, a todo lo intelectual. Toda nuestra educación, toda nuestra cultura, todo lo que en definitiva somos o pretendemos ser, está regido por el intelecto, es conocimiento. Pero ese conocimiento en realidad es, simplemente, recuerdo.

Todo ese conocimiento no es lo verdadero; lo verdadero está por encima del intelecto, más allá de lo que en esoterismo denominamos el Plano Mental. Vivimos en un mundo de materia física y con la conciencia enfocada en este mundo físico, y todo lo que vemos y percibimos lo intelectualizamos, lo cual nos lleva a perdernos gran cantidad de información porque, como muy bien nos apuntaba Krishnamurti, el intelecto es limitado y, por tanto, tiene limitada la cantidad de datos que su memoria puede retener, exactamente como le ocurre al disco duro del ordenador, que tiene una capacidad de equis gigas y, cuando se llenan esos gigas, hay que borrar algo para poder guardar otra cosa. Cuando venimos a este mundo físico, desde que somos bien pequeños, se nos va orientando hacia el intelecto; y eso lo estamos haciendo cada vez más. Según este método educativo, es importante que aprendamos a sumar, que aprendamos a restar, que aprendamos a dividir, que aprendamos historia, que aprendamos a....., en definitiva, que aprendamos un montón de cosas, la mayor parte de las cuales están en los libros y, por tanto, todo basado en un conocimiento histórico. Pero no se nos educa para ser; se nos educa simplemente para acumular, amontonar recuerdos, coleccionar experiencias ajenas... y, en base a eso, vivimos la vida.

Partiendo de lo que se nos ha dicho, de lo que se nos ha hecho, de cómo se nos ha formado en nuestra época escolar y de toda la información que hemos ido recibiendo de fuera, creamos ese yo separado que terminamos creyendo que somos. Sin embargo, todo eso es externo, no es interno. Nos han dicho que la historia de la humanidad es una historia concreta. Nos han dicho que dos más dos hacen cuatro, nos han dicho que existen los átomos, nos han dicho que los planetas están a tal distancia... pero todo eso es intelecto, todo eso es información que alguien nos ha facilitado y que la mayoría de las veces, si vamos a tratar de hacerlo a nivel mental, difícilmente podemos comprobar porque, en realidad, es un acto de fe y, lo

mismo que si nos dicen que existe Dios no deja de exigirnos un acto de fe, nosotros no podemos comprobar en realidad cuantos kilómetros hay desde la Tierra a la Luna o desde la Tierra al Sol, ni siquiera si existen eso que llamamos átomos; al menos, no podemos hacerlo hasta que hayamos desarrollado las facultades superiores del ser humano, que sí que nos permitirán comprobar la certeza o la falsedad de tales afirmaciones.

Todo eso es objetivo, es fruto de la mente, pero ¿qué pasa? Que el ser humano va más allá de la mente y que, si somos capaces de vencerla, de conseguir que se calle, que se silencie, y de sentirnos en esa unidad de la que muchas veces en el ocultismo hablamos, ese estado de conciencia superior al mental, que en el esoterismo denominamos búdico o mundo del espíritu de vida, donde uno es todo y todo es uno, nos damos cuenta de lo limitada que es, de lo pequeña que es, y de la poca sabiduría que puede llegar a contener. Porque, cuando tratamos de pasar algo de esa información superior a la palabra, lo único que logramos es limitar esa información, ya que la mente no puede comprender lo que está por encima de ella.

Si no hacemos nada para cambiar esos modelos que rigen la sociedad en la que vivimos, y que son tan intelectuales, poco a poco nos iremos limitando y cada vez “sabremos menos de lo que sabemos”; de hecho, ya tenemos miles y miles de libros, pero no podemos contenerlos todos en nuestra mente. ¿Qué es lo que sabemos? Cada vez hay más información, cada vez buscamos cosas más limitadas, más pequeñas, sin parar hacemos divisiones de las divisiones de las subdivisiones... y eso es imposible, llegará un momento en el que no sabremos prácticamente nada. En cambio, si tratamos de vencer a la mente, de dominar al intelecto, de educarnos de otra forma, para ser conscientes de lo que aparentemente hay fuera -aunque en realidad está dentro – y, en lugar de mirar con el intelecto hacia el exterior, miramos con la intuición hacia el interior, veremos que todo ese conocimiento que la mente no puede abarcar, en realidad, está ya en nosotros, porque no estamos separados del resto del universo y ese contacto con él nos permite saber cualquier cosa.

Alguien, hablando sobre un ramo de flores puede preguntar cuántas contiene. Bien, la mente puede observar, puede contar, podemos fijarnos y ver que hay doce rosas, doce claveles, o lo que sea. Y ése es un estado de la mente, importante, que llamamos observación. Pero, más allá de eso está la facultad de poder saber cuántos libros hay, y cuáles son, en la biblioteca, - pero no desde el punto de vista de la mente, que no puede observar y leer todos los libros en un solo segundo, ya que está sometida al mundo de la

forma y por tanto sometida al tiempo - una facultad que está por encima de las posibilidades de observación de la mente. Y fijaos que no estamos hablando de la lectura a nivel del plano astral, que incluso estaría por debajo de la mente, sino de una lectura más elevada todavía, algo que trasciende esa mente limitante y limitada. La función de la mente, en realidad, debería ser la de filtrar, filtrar esa información que nos viene de más arriba y convertirla en comprensible en los mundos de la forma. Ésa tendría que ser su función. En momentos determinados, en los que hay que hacer cosas concretas, como sumar, o conducir un coche, o usar un ordenador, o escribir una carta, entonces la mente tiene una función propia. Pero, cuando la concreción no es necesaria, entonces la mente debería estar en silencio y permitir que descienda y entre en ella la información real del cosmos.

El problema es que, desde hace unos cuantos miles de años, hemos sido educados en la creencia de que la mente es la llave maestra que lo abre absolutamente todo, aunque esa idea de que todo debe ser procesado por ella es un error.

Hemos creado, por ejemplo, esa forma de valorar a una persona que llamamos coeficiente intelectual, que indica la capacidad mental que uno tiene. Pero, si esa capacidad intelectual la podemos medir, ponerle un número, ochenta, cien, ciento cuarenta, etc., es porque es limitada y, consecuentemente, deberíamos llegar a ser conscientes de que le damos una importancia excesiva. ¡La mente no puede concebir el universo! Porque la mente es muy pequeña para comprender algo de tal magnitud. Puede hacerse una idea de la parte que ha podido experimentar, la física, pero el universo es mucho más que eso, que sólo es la punta del iceberg. El universo que concibe la mente es limitado como ella misma. En cambio, hay estados de conciencia superiores al mental, a los que el ser humano puede y debe llegar, y en los que la mente simplemente le va a servir para que esa información que ha adquirido la pueda usar en el mundo físico para servir y ayudar a los demás. Esto es importante, porque es una manera distinta de ver la vida y el mundo, que implicará cambios en las escuelas, en todo el proceso educativo, a nivel familiar y a todos los niveles. Cuando en una escuela llevan a los niños al bosque, porque están estudiando los árboles, los obligan a centrarse en un pino, cuando resulta que el niño posee un estado de percepción superior y, aunque parezca que está distraído, está grabando, está captando la información de todo el bosque entero; y nosotros, los adultos, padres, profesores..., en un ataque de ignorancia y creyéndonos sabedores de todo, le obligamos a centrar esa capacidad que él tiene en algo tan pequeño como un solo árbol. Y el niño, entretanto, se está perdiendo la información de todo el bosque, lo mismo que nosotros, al

mirar sólo un árbol. En cambio, deberíamos ser capaces de ir un poco más allá en la educación, de cambiar el modelo educativo y de enseñar a los niños a percibir todo lo que les rodea y, luego, a concretar lo que haya de ser concretado. Pero, primero, a estar en estado de Atención, en un estado de Atención que yo escribiría con mayúsculas o, al menos, con la “A” mayúscula, ese estado de atención que hace que el ser humano capte y perciba el Todo. En realidad, esa facultad la tenemos desarrollada todos, o casi todos. El problema es que hemos dado tanto énfasis a la parte mental, que hemos limitado lo que está por encima de ella. Es decir, lo espiritual. Todo contacto con la totalidad de la vida lo hemos limitado por dar tanto énfasis a aquello que es un conocimiento limitado e intelectual. La transformación interna es algo que podemos y debemos hacer todos y cada uno de nosotros, tratando de percibir las cosas de una forma más real, sin la limitación de la mente y del intelecto.

Este cambio se debe hacer sin forzar nada. No puede hacerse desde la mente. Si, volviendo a lo de antes de los libros, tratamos de ver cuántos libros hay en la biblioteca, y eso lo hacemos con la mente es un error porque, automáticamente, lo que va a suceder es que se cierra esa capacidad superior que nos permite percibir lo que queramos. Percibir es simplemente estar atento, sin pensar; en el momento en que pienso, en que uso la mente, ese estado de percepción se cierra, porque hay actividad, ruido; digamos que la copa que contiene el conocimiento se ha llenado de la parte intelectual y la otra parte, la cósmica, ya no cabe. Los seres humanos tenemos la posibilidad de cambiar dos cosas al respecto de lo que estamos hablando hoy: una, empezar a estar atentos y a percibir y, otra, aprender a pasar al mundo mental eso que hemos percibido. Si llegamos a ser capaces de hacer eso, evitaremos gran cantidad de disputas y de problemas porque, percibir no es sólo ver cuántos libros hay en la biblioteca o en el mundo, y poder leer cualquier libro de la biblioteca de cualquier sitio, no es sólo eso, sino que implica también ver cómo se siente una persona en un momento dado, tener un conocimiento que va mucho más allá del adquirido por medio de los sentidos físicos. Estamos hablando de algo que trasciende el mundo físico, estamos hablando de la posibilidad de poder ver y percibir, en un momento dado, lo que está pasando en cualquier lugar del planeta, un “todo a la vez”. Pero la mente no puede comprender eso y va a decir: “Eso es imposible, porque yo no puedo saber lo que está pasando en todas las casas de París ahora” La mente, tal como nos han educado, va a decir que “eso no es posible”. Pero, ¿por qué no es posible? ¿Lo hemos comprobado acaso? No. Simplemente, nos hemos limitado a creer lo que se nos ha dicho desde pequeños, que es que no podemos. ¡Cuántas veces, educativamente, vemos a los padres decir a los

niños, “¡no, tú no puedes hacer eso!” Estamos limitando a ese niño la capacidad que tiene de experimentar y aprender.

Estamos intelectualizando eso que el niño, a lo mejor, haría de una forma distinta. Cambiar eso es un paso difícil de dar, desde una mente intelectualizada, prisionera de sus propios prejuicios, desde una mente que no es libre. Ese paso que tiene que dar la humanidad y que podríamos denominar con el mismo título que lleva un libro de Alice Ann Bailey “del intelecto a la intuición”, ese paso no nos es fácil, porque llevamos una corriente de muchos años dando especial atención a todo conocimiento intelectual: si uno no tiene una carrera universitaria, no es nadie; si uno no tiene unos conocimientos determinados, no es nadie. Si analizamos un poco el asunto, dentro de nada, todo ese conocimiento, - y no dentro de nada, sino ya hoy en día - cabe en una pequeña tarjeta de memoria, que podemos llevar en el móvil. Tenemos todo el conocimiento en herramientas, que pueden contener todas las bibliotecas y toda la información del mundo, todo nuestro conocimiento intelectual, ¿Pero se nos enseña cómo usar bien ese conocimiento? Se nos programa para que seamos máquinas de memoria, no para que sepamos buscar directamente esa información, ya no digo en los aparatos electrónicos, que evidentemente sí que se enseña, sino dentro de nosotros mismos. Resulta que, educativamente, sólo lo aprendido en la escuela y en la universidad es válido; pero, allí sólo se enseña la parte intelectual; se enseñará también ética, moral, comportamiento, etc. etc. pero no se enseña al ser humano a actuar como un pensador libre, ni a investigar, ni a crecer, ni a buscar esa información que está dentro de él. Toda esa enseñanza no se nos imparte y, con ello se nos limita.

Es preferible que sepamos muchas cosas, para que luego, dentro de la sociedad en la que vivimos, podamos ser buenos trabajadores; no se nos pide ser buenas personas; se pone normalmente por delante el ser un buen trabajador; a los niños les preguntamos qué quieren ser de mayores. Planteémonos esto por unos minutos: estamos programando a nuestros hijos para que sean trabajadores y uno tiene que decidir si quiere ser lampista, arquitecto o médico. Pero hay un concepto erróneo en ello: uno no es médico, arquitecto o lampista, uno es un SER humano que TRABAJA como....

Es importante que sepamos ser buenas personas; si somos buenas personas y aprendemos que nosotros y los demás somos uno, veremos al otro como a un hermano y lo cuidaremos como a nosotros mismos; entonces, no hará falta que nos hablen de moralidad, ni de política, ni de policía, ni siquiera de dinero, porque esa moralidad, que está dentro de cada uno de nosotros,

hará que nos preocupemos más por los demás que por nosotros mismos; y, si eso es así, unos cuidaremos de los otros y nos respetaremos los unos a los otros de manera que toda la estructura de la sociedad en la que vivimos no servirá y se transformará por sí sola, sin revoluciones políticas externas, porque lo hará por medio de la revolución interior a la que tarde o temprano llegará la humanidad.

El tener una percepción o un conocimiento superior al intelectual, exige una gran responsabilidad. Exige la gran seguridad de considerar al otro como a uno mismo porque, si hay separación entre cada uno de los que estamos aquí, uno puede usar eso en contra del otro, en un momento dado, para hacerle daño. Pero, si todos somos uno, si realmente consideramos al otro cómo una parte de nosotros mismos, dejaremos de hacernos daño unos a otros. Cuando la humanidad llegue a eso, cesará la violencia y reinará la paz.

Llegados a este punto, cuidaremos al otro como a una parte de nosotros que es, y empezaremos a pensar en el resto de conciencia del universo, y ya no sólo en los seres humanos, sino en nuestros hermanos menores los animales, en las plantas, en los minerales, en los seres elementales, en todo aquello que tiene conciencia, que es todo. Si un diminuto átomo ya tiene conciencia, entonces, si hay dos átomos hay más conciencia. Todo aquello que es perceptible para nosotros tiene una conciencia, aunque no nos lo hayan enseñado; las sillas en que estamos sentados tienen un grado de conciencia, y podemos saber qué grado de conciencia tienen cada una de ellas, pero no desde el intelecto, porque el intelecto nos dice: “no, la silla es un objeto muerto e inanimado, que no tiene conciencia”, que es lo que hemos aprendido desde pequeños. Pero, ¿qué pasaría si tuviéramos ese grado superior de conciencia, que va más allá de lo intelectual y nos diéramos cuenta de que todo el universo es conciencia?

Entonces, empezaríamos a comprender el verdadero concepto de Dios, del Creador; porque todo es Vida, todo es conciencia. La Gran Ilusión, lo que nos separa a cada uno del resto de la Humanidad, lo que nos separa de la silla, del suelo que nos sostiene es, simplemente, una forma mental, una idea que hemos ido creando nosotros mismos a lo largo de miles de años. De todas formas, eso no fue casual, ya que nos era necesario vivir en esa separación para, desde ella, poder conocernos a nosotros mismos. Cada pequeña parte del universo se tiene que conocer, desde la separación, para después poder volver a la unidad y a la conciencia del Todo, siendo así más conscientes que cuando iniciamos nuestro camino hace millones de años.

Ayer hablaba con una persona y comentábamos algo que dije hace tiempo en una conferencia. El tema era que “el Creador creó al ser humano para conocerse a si mismo.” ¿Pero en realidad existe el ser humano? ¿Qué somos nosotros realmente? Esto que vemos es ilusión, es producto de la mente. Simplemente, sólo yendo un poco más allá de los mundos que hasta hoy nos son conocidos y entrando en el primer nivel, digámosle energético, en el mundo etérico, que aún forma parte del físico, las cosas ya se ven de un modo completamente distinto. Y lo que aquí se ve opaco, allí pasa a ser transparente. Tan sólo con visión en ese nivel etérico, todo el concepto del universo ha cambiado y nos damos cuenta de lo ilusorio que es este mundo en el que vivimos y que vemos opaco, porque tenemos nuestra conciencia centrada aquí y aquí, los átomos que crean las formas de materia física chocan unos contra otros y, cuando recibimos esa información, la interpretamos como cosas, como personas o como seres, todos externos a nosotros.

Y eso es ilusión; porque no existe tal separación. Es el intelecto quien la crea y el ser humano puede y debe vencer ese intelecto, lo cual no quiere decir que yo deje de ser yo, sino que ese yo, esa pequeña conciencia que somos cada uno de nosotros, se une a otra conciencia inmensamente mayor, en una expansión asombrosa de conciencia, en la que uno deja de ser uno, para pasar a ser El Uno y, a la vez, sigue siendo consciente de su existencia, pero de una forma completamente distinta. Y a eso, a lo que algunos seres humanos han conseguido llegar, puede y debe llegar cualquier ser humano.

Simplemente, para poder ir más allá, para poder entender todos los misterios de la vida, hemos de desechar todo lo aprendido intelectualmente. Eso no quiere decir que tengamos que dejar de saber leer, sino que debemos ser capaces de usar el intelecto cuando sea necesario, pero no permitir que el intelecto nos domine a nosotros como viene haciendo.

Desde pequeños, nos han educado a base de intelecto, intelecto e intelecto. En lo intelectual, en el conocimiento que tú tengas de los estudios que tú hagas, porque eso es lo importante. Pero eso es tan limitado, tan completamente limitado, tan pequeño, que es un error. Usar el intelecto está muy bien, tener el conocimiento de los medios está muy bien, pero no podemos recordar todas las palabras contenidas en todos los libros; por el contrario, sí que podemos, cuando alcanzamos ese nivel de conciencia superior, acceder a todo lo que se ha escrito, sin tenerlo delante. Pero, para poder comprender todo el mundo como realmente es, primero debemos desechar, debemos ser capaces de apartar ese conocimiento preestablecido,

que nos limita el aprendizaje.

Recuerdo que, cuando empecé a estudiar medicina china, tenía una compañera que era médico y una de las primeras cosas que le dijo el profesor fue: olvídate de todo lo que sabes de medicina, porque el contexto es completamente distinto. Y esa mujer fue capaz de hacerlo, lo cual no quiere decir que olvidase todo el conocimiento que tenía de la medicina occidental, sino que, para aprender lo nuevo hasta tenerlo asimilado, se esforzó por no estar comparándolo constantemente y poder, luego, establecer las relaciones, que por supuesto las hay, con lo aprendido anteriormente. Espiritualmente, debemos de hacer lo mismo para poder ver el mundo como realmente es y, primero, hemos de ser capaces de olvidar. Si se os pide que miréis esta silla, vais al ver esa silla como hemos aprendido intelectualmente a verla. Pero eso que vemos no es la silla. La silla es mucho más que esta luz que desprende, que precisamente es la que la silla refleja y llega a nosotros. Hasta que no seamos capaces de borrar de nosotros esa idea preconcebida de las sillas, difícilmente podremos acceder a la conciencia que es la silla, a la realidad de la vida que se manifiesta como una silla. La parte intelectual ciega al hombre la posibilidad de ver lo que es real. Es difícil a veces entender esto. Claro que, desde siempre, “una silla es una silla, y no hay la menor duda”. Pero es que esta silla es solamente la ilusión de la silla. ¿Y qué hay detrás de esa ilusión? La mente no puede comprenderlo, la intuición sí; y no estoy hablando de esa intuición a la que nos referimos cuando decimos: “es que tengo la intuición de que me va a pasar esto o lo otro”. No. No estoy hablando de eso. Estoy hablando de un estado de conciencia superior al mental o intelectual, a lo que en los libros de ocultismo se denomina el estado búdico o la conciencia del Espíritu de Vida, en la cual no hay ninguna diferencia entre la silla y uno mismo, entre el planeta entero y uno mismo, ni entre el universo entero y uno mismo. Donde todo está dentro de uno y, a la vez, “este uno” es el todo. El problema es que, en cuanto queremos pasar esa idea al nivel mental, lo que estamos haciendo es limitar esa percepción. Los orientales lo sabían muy bien cuando hablaban del Tao. Seguramente todos habréis leído el Tao Te King, una de cuyas primeras frases dice que “*el Tao que puede ser expresado o nombrado no es el verdadero Tao*”. Está, pues, hablando de eso. La verdad, en cuando es nombrada, en cuando es pasada a vocabulario físico, se ve limitada. Y hasta aquí es hasta donde ha llegado la humanidad de hoy.

Sin embargo, la mayoría de nosotros podemos descubrir que hay mucho más que eso. Y, además de descubrir que hay mucho más que eso, podemos comprobar que la vida va mucho más allá, que no hay separación, sino que lo único que hay es unidad. Y ello nos hará comprender lo que es el Amor, el Amor de verdad, no el amor hacia

nuestras parejas, hacia nuestros hijos, hacia nuestros padres, hacia nuestros hermanos, sino el Amor hacia toda la creación, el amor hacia esa silla, porque es una parte de mí mismo. Cada uno de los nosotros crea esa silla, cada uno de nosotros crea el universo en que vive. Tenemos mucha más fuerza de la que creemos tener. Pero nos limitamos, nos limitamos de una forma inmensa. El conocimiento se basa en el cerebro físico; en cierto modo, pasa por el cerebro físico; pero éste es algo que está limitado por el espacio y por el tiempo y ese conocimiento no nos llega en su totalidad. Es decir, que la información que recibimos o que percibimos del universo es tan pequeña que, aunque creamos saberlo todo, y haberlo descubierto todo, en realidad – y fijaos qué contradicción – estamos buscando en los confines del universo y ni siquiera sabemos lo que es realmente la silla en la cual estamos sentados, ni sabemos realmente qué somos nosotros y no tenemos respuestas para esas grandes preguntas de ¿quién soy yo y qué hago aquí y qué sentido tiene todo esto? A estas preguntas el intelecto no puede responder, porque, inmediatamente después de llegar a una conclusión intelectual, aparece un montón de réplicas y de nuevas preguntas en sucesión interminable. Porque el intelecto trabaja así, no puede abarcarlo todo, sino dividirlo, subdividirlo, clasificarlo y cuestionarlo todo, sin poder ir más allá.

Pero, si aprendemos a trabajar con esa materia superior, con esa materia que está por encima de lo mental, entonces sí sabremos todo eso, porque nuestro concepto del universo, nuestro concepto de la vida, nuestro concepto de nosotros mismos cambiará por completo. Totalmente. Y yo ya no seré yo, que me muevo de un sitio a otro, sino que esto, que hasta hoy identificaba como “yo”, pasará a ser la herramienta que yo, como totalidad, utilizo para manifestarme en los mundos de la forma; yo soy eso superior. Y no estoy hablando ahora de mí persona, de Marc Miralles, sino de cualquiera de nosotros; porque cualquiera de nosotros somos la totalidad del universo, que ha creado una pequeña herramienta, que llama personalidad, para poder interactuar en esos niveles vibratorios que llamamos el mundo físico, es decir, con los sólidos, los líquidos y los gases, y con lo etérico, y con el mundo astral, y con el mundo mental - todos ellos mundos de las formas - y adquirir conocimientos de esos mundos y, por tanto, conocernos a nosotros mismos, porque, conociéndonos a nosotros mismos, el Creador se conoce a Sí Mismo también, ya que nosotros somos ese Creador, manifestado; pero, la necesidad de tener una conciencia a nivel físico hizo necesaria la creación del intelecto, y del cuerpo mental y del cerebro físico.

Y eso es una limitación temporal porque, no quiere decir que mientras tengamos cerebro físico no podamos acceder a los demás mundos, quiere decir que debemos de ser capaces de dar un paso más. ¿Pero, cómo

llegamos a eso? ¿ Hay un método para lograrlo? No. No lo hay. El único método es el Camino y “el Camino - como decía el poeta - se hace al andar.” Mientras yo no me planteo, en un principio intelectualmente, todas las cosas, difícilmente voy a empezar a caminar. Pero en el momento en que pienso y empiezo a preguntarme y a cuestionarme si las cosas son realmente así, entonces creo en la posibilidad de que algo de arriba se abra durante la meditación. O, mejor dicho, durante la concentración. Porque, en realidad, lo que hacemos cuando pretendemos meditar, es concentración, que nos ayuda a que la conexión entre la mente y lo que es superior a la mente se produzca y, poco a poco, se vaya creando lo que llamaban el Antakarana, ese hilo que conecta lo superior con lo inferior, y que permite que acceda la información más sutil a nuestra conciencia inferior. Es un proceso de trabajo y constancia y llegará un día en que nos daremos cuenta de que está logrado.

Muchos libros de ocultismo hablan y dicen que hay momentos en los que el aspirante, el discípulo o el probacionista - pongámosle el nombre que queramos – tiene la impresión de que no está avanzando. Pero, en realidad, sí que lo está haciendo. Si somos un poco observadores, comprobaremos que, en el proceso de subir escaleras, por ejemplo, uno no tiene un pie en un peldaño y, súbitamente, lo tiene en el peldaño superior, sino que, entre el peldaño inferior y el superior hay un movimiento en el que uno todavía no está en éste y, por lo tanto, no puede ser consciente de que está en él, pero sí que se está produciendo, de forma interna, ese movimiento hacia el mismo.

Al principio, intelectual o espiritualmente, ese cambio no está presente. Pero, en cuando uno se empieza a plantear si hay algo más, y quiere acercarse a ese algo, comienza a producirse una transformación de los vehículos sutiles que tiene el ser humano, y no sólo el físico, que también, sino el etérico, el astral y el mental, empiezan a experimentar una leve transformación, a sutilizarse a - por decirlo de un modo que no me acaba de gustar - “limpiarse” o “purificarse” (ya que dichas palabras implican lo contrario, que es suciedad, y la suciedad solo existe en el contexto negativo de la mente, dejando de lado la física que también es resultado de esta negatividad a nivel mental), y, conforme van siendo más limpios, conforme van vibrando y se van liberando de las cargas con las que los hemos ido cargando, - que es como si hubiéramos ido poniendo sobre nosotros montones de tierra que no nos permiten respirar - conforme vamos eliminando esos perjuicios, esas ideas preconcebidas, vamos volviéndonos más sensibles, hasta que llega un momento en que esos mundos, esa existencia más real que la ilusoria, aparece ante nosotros. Y, ¿por dónde aparece?, ¿por nuestros ojos? No. En el cuerpo astral, por ejemplo, como muy bien decía Leadbeater, cada partícula de la superficie

del cuerpo astral es sensible a las vibraciones de los cinco sentidos, de modo que, en el mundo del deseo, no vemos por los ojos, sino por esas partículas de nuestro cuerpo astral.. Y, cuando estamos despiertos aquí en el plano físico, de algún modo, nuestro cuerpo astral también está trabajando y, por lo tanto, esa percepción del cuerpo astral - si estamos alerta y nuestra mente, nuestro intelecto ha dejado de rumiar cosas y está en silencio - llega a nosotros.

Simplemente, pues, se trata de ir acumulando esa información sin juzgarla. Eso es lo que decía Krisnamurti: "simplemente observar", no estar pensando en lo que hemos observado, porque el hecho de pensar en lo que acabamos de observar hace que se genere un ruido interno que ya no nos permite seguir observando y, por lo tanto, esa información queda limitada y coartada. Hay momentos en los que podemos usar la mente para evaluar eso que hemos acumulado y, si lo hiciéramos, nos evitaríamos mucho sufrimiento. Pero, si vivimos en un mundo intelectual, basado en el recuerdo, el sufrimiento está en lo que tuvimos y ahora no tenemos. Y que no dejará de ser un recuerdo: he tenido a mi esposa y ahora no la tengo; he tenido a mis hijos y ahora no los tengo; he tenido mi coche y ahora no lo tengo, he tenido no sé qué y ahora no lo tengo...Eso es memoria, y ese dolor y esa falta de percepción hace que, mientras estoy pensando en lo que he perdido, no me dé cuenta de todo lo que ahora tengo. Ése es el fruto del intelecto, y así hemos sido educados. Y cambiar eso no es fácil en absoluto porque, además, no sólo es de esta vida, sino que esa educación la llevamos recibiendo y practicando durante unos cuantos miles de años y, si entramos en el esoterismo y aceptamos la reencarnación, si sabemos que cada vez que nacemos creamos nuestros nuevos vehículos de materia con el mismo grado vibracional que los que tuvimos en la vida anterior, comprendemos que todos esos vehículos tienen una información que hemos creado nosotros, y que no vienen completamente transparentes y nuevos, sino que vienen teñidos por lo que hemos pensado con anterioridad y, por lo tanto, es difícil cambiar esa polaridad en la que estamos tan inmersos. Pero lo importante es que podemos cambiar eso, y que podemos empezar, primero, por nosotros mismos. Con el tiempo, se generalizará lo que se ha intentado ya, a lo largo de la historia reciente: crear escuelas en las que se enseñe a los niños de un modo distinto, Krisnamurti creó escuelas, Annie Besant creó escuelas, Rudolf Steiner creó escuelas y en todas ellas se enseñaban las cosas de un modo algo distinto. Pero ¿qué ocurrió? Que, como nos hemos basado, - no ellos, sino las personas que les sucedieron - no en lo que ellos enseñaron, sino en planteamientos educativos y conceptos antiguos que habían heredado, "volvieron a caer otra vez en la misma trampa". Debemos ser siempre frescos, siempre nuevos, no podemos basarlo todo en el recuerdo, en el intelecto porque, entonces, lo que

estamos haciendo es ralentizar nuestra evolución y la evolución del cosmos.

En cambio, si dejamos que las cosas vengan a nosotros, si nos permitimos captar todo eso que llega de más allá, - y, cuando digo más allá, no lo digo en el sentido mágico ni místico, sino refiriéndome a todo lo que viene de dentro de nosotros - de esa totalidad que somos - avanzaremos, aprenderemos y crecemos mucho más rápidamente. Es como el movimiento uniformemente acelerado que, cada vez va más deprisa con menos esfuerzo. Al principio, es muy difícil poner el coche en marcha pero, una vez ha roto la inercia, pisar un poco más el acelerador basta para que corra más, consumiendo menos combustible.

Y el ser humano está en eso, en el inicio de la evolución. Por supuesto, hay oleadas de vida que están más atrasadas que nosotros, pero acabamos de empezar. Ahora podemos seguir aún unos cuantos miles de años entrando, cada vez más, en lo intelectual y, por tanto, limitando cada vez más nuestro conocimiento, aunque luego, eso sí, podamos escribir millones de libros; pero nunca podremos retener esos millones de libros y, en cada vida habremos de empezar de nuevo a estudiarlos. Lo que hemos de hacer, pues, es simplemente empezar a ver a las cosas de otro modo, desde dentro, y llegar así al momento en que podamos saberlo todo, que es a lo que nos lleva el conocimiento superior al estado mental. Lo que pasa es que, para poder llegar a eso, debemos quererlo, tenemos que empezar a ser conscientes, a plantearnos si todo lo que hemos aprendido es correcto, si tiene tanto valor como le hemos dado. Si empezamos a cuestionarnos eso, entonces quizás, descubramos que podemos o que debemos buscar otras fórmulas. Mientras tanto, mientras sigamos esforzándonos por que nuestros hijos hagan grandes carreras universitarias para que sean grandes bancos de memoria - y con eso no quiero decir que la gente no tenga que hacer carreras universitarias, que están muy bien - quizás valdría la pena enseñar a nuestros hijos a descubrir que todo lo que van a aprender en esas carreras, en realidad, está ya dentro de ellos. Esa forma de aprender no se les va a olvidar nunca. Si yo leo un libro, es prácticamente imposible, a no ser que tenga un coeficiente intelectual desbordante, recordar exactamente todas las palabras de todas las páginas del mismo. Por tanto, voy a estudiar eso y a los cuatro días me habré olvidado del 80 por 100 de lo aprendido. Pero, si eso lo uso para sacar conclusiones de lo que hay dentro de mí, eso no se me va a olvidar nunca porque está ahí. Y, como no se me va a olvidar nunca, voy a poseer una sabiduría que, de otro modo, no podría tener.

Sé que lo que digo, en esta sociedad tan intelectualizada, parece una utopía, pero no lo es; todo esto es real. Sólo será una utopía mientras sigamos ciegos ante la realidad de la vida. Pero, cuando empezemos a ver, a ser conscientes de que esto que vemos aquí no es más que el reflejo de lo

real, que la cara de cada uno de nosotros, que la forma física de cada uno de nosotros no es más que el reflejo de la parte espiritual, cuando empecemos a conseguir eso, cuando empecemos a ver eso, entonces ya será muy fácil el camino.

No hace falta pensar en grandes seres, en el Buda, en el Cristo, en Krishna, en quien sea. No. Eso está al alcance de cualquiera. No hacen falta avatares; hace falta que el ser humano se desarrolle. Y el ser humano se ha de desarrollar por sí mismo. Siempre estamos esperando que venga alguien y nos diga qué es lo que tenemos que hacer, y nos explique cómo es el universo. ¿Por qué no cambiamos estructuras y lo descubrimos y lo aprendemos nosotros mismos?

FIN